

ría terminar el largo proceso de mi vida, tranquila la conciencia, con amor para todos mis semejantes, i con un voto de gracias para

cuantos me colman, no de ahora, de respeto i de distinciones.

16 de septiembre de 1948.

En el centenario de Don Fed. Henríquez i Carvajal

(En el *Rep. Amer.* Envío de don Rafael Anido, en La Habana, Cuba).

HOMENAJE DE LAS MUNICIPALIDADES DE AMERICA A DON FEDERICO HENRIQUEZ Y CARVAJAL

A la Oficina del Historiador de la Ciudad ha llegado la noticia de que en la sesión celebrada ayer por el Tercer Congreso Histórico Municipal Interamericano, que se encuentra reunido en San Juan, Puerto Rico, ha sido aprobada la siguiente moción que presentó el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad de La Habana, representante del Municipio de nuestra Capital y de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales:

"Al Tercer Congreso Histórico Municipal Interamericano:

Por cuanto: Federico Henríquez y Carvajal, hijo ilustre de la República Dominicana y patriarca de las letras continentales, cumplirá el 16 de setiembre próximo cien años de una vida consagrada por completo y desde muy joven al fecundo cultivo de las humanidades y al progreso de la educación y la cultura de su Patria, de las Antillas y de América.

Por cuanto: Federico Henríquez y Carvajal, ha puesto siempre su pensamiento y su corazón, su pluma y su palabra, desinteresada y noblemente, al servicio de las buenas causas americanas, sin limitaciones de fronteras nacionales, cruzado de la fraternidad y solidaridad continentales, habiéndose por ello ganado muy justamente el título de Ciudadano de América.

Por cuanto: Tan ansigne república ha sabido respaldar en todo tiempo sus prédicas y sus enseñanzas con ejemplar actuación pública y privada.

Por tanto: El congresista que suscribe propone al Tercer Congreso Histórico Municipal Interamericano la adopción del siguiente acuerdo:

El Tercer Congreso Histórico Municipal Interamericano rinde homenaje de admiración y de reconocimiento, en su venerable ancianidad, al cumplirse el centenario de su nacimiento, a Federico Henríquez y Carvajal, patriarca de las letras continentales, preclaro maestro de civilidad y ciudadano de América.

Emilio ROIG de LEUCHSENRIK.

*

El Nacional, Caracas, Venezuela, 22 de marzo de 1948.

FEDERICO HENRIQUEZ CARVAJAL

A fines del año pasado, 1947, cumplió don Federico Henríquez Carvajal noventa y nueve años de edad. Temo que haya muchos entre nuestros escritores y publicistas que ignoren el significado y hasta la existencia longeva de este gran dominicano, símbolo de un pueblo en cuanto resuma hidalguía civil, sentido de patria y valer intelectual.

Sin embargo, este hombre ejemplar, hacia cuya figura continental han tenido frases esen-

ciales próceres como José Martí y Eugenio María de Hostos, constituye algo institucional de la República Dominicana, al servicio de cuya cultura y de cuya rebeldía fundamental frente a su clima de dolorosa tiranía, ha estado siempre conservando como varón ejemplar los antiguos tesoros invencibles y permanentes del decoro público de aquel noble pueblo.

En realidad, don Federico Henríquez Carvajal ha llevado una vida fecunda de patricio a la moderna; y así lo hacen saber aquellos dominicanos que, en el destierro o dentro de la propia patria, afrontan la verdad intelectual y política de la isla.

En un reciente escrito dirigido a uno de nuestros más destacados escritores, se lee, en nota marginal firmada por Persio C. Franco, también escritor dominicano, el exhorto siguiente: "Feliciten a don Federico y harán un bien al pueblo dominicano".—*Franco*.

He aquí unas palabras que no necesitan explicación, por el contenido intrínseco que conllevan. En efecto, felicitar al decano del pensamiento dominicano es darle alientos a quien, por sus dotes y valores morales e intelectuales; por su calidad de hombre sin claudicaciones, representa lo mejor de aquella colectividad, hoy sumida en oscura suerte.

Igual cosa hubiéramos pedido los venezolanos con respecto a uno de nuestros viejos y escasos luchadores, en cuya actitud se resumiera la hidalguía y el decoro de la Nación, la resistencia moral ante el hecho consumado de la patria esclavizada durante años por la bota del tirano.

Don Federico Henríquez, a quien los dominicanos llaman solamente Don Federico, constituye uno de esos valores nacionales que actúan como depositarios de la dignidad de un pueblo. Y que tienen tanta significación nacional, cuanta mayor es la bancarrota de las conciencias en la pública subasta que acostumbra establecer los subyugadores.

En carta para este ilustre dominicano Martí estampa una frase extraordinariamente luminosa, como eran todas las que escribía bajo la inspiración grandiosa de su genio. Dice Martí: "Para mí la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber". Y más adelante, agrega el héroe cubano: "De Santo Domingo, ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted?"

He aquí las palabras patria y americanidad confundidas. Hombres de esta talla, cada uno en su órbita y en su tiempo, siguen siendo los ductores potenciales del Continente. Don Federico Henríquez Carvajal es uno de sus alba-ceas más preclaros.

Rafael Clemente ARRAIZ.

*

FEDERICO HENRIQUEZ I CARVAJAL, MAESTRO DE LOS DOMINICANOS

Editorial de *El Caribe*, 20 de abril de 1948. Santo Domingo, Rep. Dominicana.

Desde la fundación de la República en

1844, el país ha tenido hombres representativos de una estirpe humana honrada y sabia. Muy raros de ellos llegaron a la presidencia nacional; pero todos fueron presidentes espirituales de sus compatriotas. Si la República necesitaba de un consejero en sus trastornos, o si en las relaciones con las demás naciones se presentaban conflictos, esos hombres servían de mediadores y calmaban las excitaciones desbocadas, o bien encuadraban su nacionalismo dentro de un plano jurídico para defender la causa dominicana en cualquiera de sus situaciones.

A raíz de la independencia, Félix María Delmonte, primer abogado de la República, era el líder espiritual de los dominicanos. Venida la anexión a España, y con ella la Restauración, Emiliano Tejera fué el mentor universal de los hijos de Quisqueya. De igual manera lo es el maestro por antonomasia Federico Henríquez i Carvajal. "Vea un alma hermana en su José Martí", así concluía sus cartas el apóstol i mártir de la independencia cubana dirigidas al maestro. I estar hermanado en alma con José Martí es el más alto grado de pureza cívica a que puede aspirar un ciudadano.

La ciudad de Santo Domingo, que ha visto el nacimiento de tantos hijos ilustres, dió su primera luz a Federico Henríquez i Carvajal el 16 de septiembre de 1848. Ese día nació el hijo de Noel Henríquez y Clotilde Carvajal. El padre Fernando Arturo de Meriño fué su maestro en el Colegio del Seminario. La base educativa de Henríquez y Carvajal comenzaba sólidamente, porque de la categoría de sus primeros maestros sacará más tarde todo el provecho asimilado para consagrarse al apostolado del magisterio.

La mente inquieta de don Federico tenía que abarcar todo cuanto fuera cultura en este país tan necesitado de educadores. En 1873 dirige *La Opinión*, órgano periódico-cultural de la Sociedad "Juventud". En 1881 fundó *El Mensajero*; en 1892 publicó *Letras y Ciencias*; en 1910 dirigió *Ateneo* y aun en 1933 era director de la revista *CLIO*, órgano de la Academia de la Historia. Si prolífica por la cantidad de publicaciones es su labor en la prensa, no lo es menos en la educación que él fué esparciendo con dotes de maestro corroboradas por una vida de conducta intachable.

Pasan de dos las generaciones que han bebido cultura en la fuente inagotable de don Federico. Numerosos alumnos de todos los rincones de la República acudían a recibir las enseñanzas del maestro. Fué profesor de casi todas las escuelas y colegios de esta capital. En el Instituto de Señoritas compartió la dirección con su esposa la maestra Luisa Osema Pellerano. Fué profesor en el Colegio Central, en el Liceo Dominicano y en la Escuela Normal. Abogado y maestro, enseñó Derecho en el Instituto Profesional. Convertido éste en Universidad, don Federico fué uno de sus rectores. En 1903 dirigió la Escuela de Bachilleres.

Para el maestro los problemas universales, como los de libertad, no podían circunscribirse a nacionalidades, porque ellos en sí son una condición humana que no reconoce fronteras. José Martí vino a la República Dominicana en pos de ayuda a la independencia cubana. La encontró de toda clase: en materia, proporcionada por Ulises Heurieux; en valor y dirección, Máximo Gómez lo complació; en hermandad espiritual, en confraternidad de al-